243

FRANCISCO DIAZ.

Nueva relacion en que se van refiriendo los valerosos arrestos y garbosas hazañas de este valeroso jóven, natural de Xeréz de la frontera

PRIMERA PARTE.

Escucha Agustin Florencio
con atencion sosegada,
pues me has dicho de tu vida
las soberbias arrogancias,
te contaré de la mia,
por haber sido arrestada.
En Xeréz de la Frontera,
ínclita Ciudad de España,
nací para ser asombro
de toda aquesta comarca.
Francisco Diaz me llamo,
pero en lo comun me llaman
Oliveros, por ser yo
qual Oliveros de España.
Criéme con gran soberbia,
tanto, que todos temblaban
solo con mirarme à mí,
porque à todos castigaba.
A los quince años que tuve,
con dos muchachos estaba

en una huerta jugando,
y empezamos à pedradas:
pero arrimándome yo
à uno le dì una pedrada,
que le deshice el sentido,
y sacando una navaja
la cabeza le corté
y la colgué de una rama:
el otro se escapó huyendo,
que sino tambien llevára.
Viendo mi padre el delito,
me retiró de mi casa,
al Puerto me pasó entonces,
y luego al punto me embarca.
Pasé à la Ciudad de Cádiz,
y en ella me paseaba.
A un Montañés en la pila
que está en medio de la Plaza,
porque le pedì enfadado
me diese un vaso de agua,
y me la negó, en la boca
le dì tan gran bofetada,
que le derribé las muelas;
y en esta ocasion me agarran
dos Ministros por detrás,
y à la cárcel me llevaban,
y un Capitan me quitó,
mas despues que suelto estaba,
con un rejon à un Ministro
lo partì por las espaldas.
Me metì en San Juan de Dios
donde estuve una semana:
pasé desde allì à San Lúcas,
y despues volvì à mi casa,
y teniendo veinte años,
dispuse de tomar plaza,
porque mi estrella me dicta
de que sirva al Rey de España.
A Portugal dì la vuelta,
hice la primer campaña,
y luego pasé à Valencia,
sirviendo à nuestro Monarca,
donde me encontré contigo
en la batalla de Almansa;
y bien sabes que reñimos
por una discreta Dama:
luego quedamos amigos,
porque nuestros camaradas
hicieron las amistades,
quedando entonces tan alta
nuestra amistad, que pasamos
dando triunfo à nuestra fama,
al campo de Zaragoza,
adonde sentamos plaza
de Miquelete, por ser
insigne nuestra arrogancia.
Luego despues los dos juntos
hicimos la retirada
à los montes de Albentosa,
y allì en la Sierra de Espada,
donde estuvimos un año
con vida tan desatada,
que hicimos masde cien muertes,
forzamos treinta casadas,
con otras treinta doncellas,
y otras que mi lengua calla.
Ya enfadados de esta vida,
de estos delitos y causas,
pasamos à Teruel,
donde con dos camaradas
encontramos, y al instante
se fueron en mi compaña:
al Corregidor un dia
solo por una palabra
le sacudì (bien lo sabes)
con una escopeta larga,
y al punto nos retiramos
otra vez à la montaña.
Una noche que el silencio
à todos lugar les daba,
vinieron con treinta hombres,
y quitándonos las armas,
nos llevaron à Teruel,
en la cárcel nos encaxan,
y al cabo de algunos dias
prevenidos de una escala,
de la cárcel nos salimos
con presteza acelerada,
y por ciertas diferencias
deshicimos la compaña.
Pasaste à la Andalucía,
y yo en Valencia quedaba,
donde otra vez me prendieron
por una pequeña causa.
Su Excelencia el General
viendo que no declaraba
delitos algunos graves,
dispuso que me soltáran.
Pasé à la Ciudad de Murcia,
y un dia estando en la Plaza,
un Golilla desatento
le ha dado una bofetada
à una muger, y yo entonces
arrancando una mojarra,
lo agarré por los gañotes,
y le dì dos puñaladas.
Desde allì pasé à Jaen,
adonde por otra Dama
dì la muerte à un Capitan
porque la galanteaba.
En Granada à un Alguacil
tambien le quité la vida,
en un zaguan lo metì,
y le dì dos mil patadas.
En Antequera à un bizarro
tambien le quité la tapa
de los sesos, porque quiso
conmigo arrancar su espada
A Málaga pasé entonces,
y un dia en las talanzas
un Gancho se arrimó à mì,
diciéndome que sentára
plaza, y con un rajonazo
le hice que se mudára.
En Córdoba à un Veintiquatr
que por junto à mì pasaba,
y no le quité el sombrero,
mandó que me lo quitára,
lo agarré por los cabellos,
y lo zambullì en el agua.
En Ronda un Señor Ministro,
pasando yo por la Plaza,
sobre quererme prender
le dì tan fuerte estocada,
que al suelo cayó redondo,
sin decir Jesus me valga.
Pasé à Tarifa, y sabiendo
que un sugeto que estimaba
sobre cierta diferencia
que tuvo por una carga
de tabaco y de cacao,
que à Málaga la llevaba,
preso estaba por mandado
de la Justicia ordinaria:
fui à media noche à la cárcel,
y con la voz demudada
dixe, que al Corregidor
abrieran porque esperaba.
Supliquéle al Carcelero,
que las llaves me entregára,
ò que me diese à mi amigo,
y que si se dilataba,
lo haria dos mil pedazos
al incendio de dos balas,
pero cortesanamente
mas de fuerza que de gana

abrió un mústio calabozo,
y sacándolo à la quadra,
los grillos y la cadena
le quitó con vigilancia;
pero al salir por la puerta
la Justicia que llegaba,
y preguntando quién vá,
fue la respuesta algo extraña,
que al que preguntó le dì
para que no preguntára,
en la cara un sepan quantos,
que se la dexé cruzada.
Los Ministros nos rodean,
pero abriendo con dos balas
una puerta, nos salimos,
tomando puerta del Papa.
Salimos de la Ciudad,
y en una Quinta cercana
estuvimos, y à la noche
entré en Tarifa, y fui à casa
del Corregidor, y apenas
entré ya lo hallé en la cama:
supliquéle que me diese
el Caballo con la carga.
Hice que se levantase,
y que à cargarla ayudára.
Fui y se la entregué à mi amigo
que de contento lloraba,
por ver su pobreza ya
de entre gatos rescatada.
Despedíme, y fuese al punto,
y yo tomando la marcha,
entré en la Villa de Olbera
y à un Hernero con la pala
con que sacan pan del horno,
porque me echó una arrogancia
le dì entre oreja y oreja
que lo dexé en la estacada.
De Olbera salí al instante,
llegué à Xeréz que es mi patria,
hallé à mi padre difunto,
supe que mi madre estaba
en la gran Ciudad de Cadiz,
pasé al instante à buscarla:
llegué à Cádiz y la hallé
muger mayor y postrada.
Busqué modo de vivir
para haber de alimentarla,
y por estár mas seguro,
quise otra vez tomar plaza;
y en este tiempo una órden
del gran Felipe de España
mandó que mi Regimiento
al sitio de Ceuta vaya.
Embarquéme muy contento
por saber que en Ceuta estabas,
y ahora, amigo Florencio,
que estamos en esta Plaza,
temidos de toda Ceuta,
las fronteras africanas
hemos de asombrar nosotros
al valor de nuestras armas.
Y aquì el humilde Poeta
al noble Auditorio encarga
que oiga la segunda parte,
y en esta supla las faltas.

FIN.

SEGUNDA PARTE.
DEL VALIENTE FRANCISCO DIAZ.

En que se prosigue declarando por extenso sus valentías y mala vida: refierese, como estando para robar la Ermita de la sagrada Virgen de Guaderoca, se la apareció nuestra Señora un trage de Pastora, y le amonestó de su mala vida; por cuyo medio logró su conversion y buen fin: como lo verá el curioso Lector.

Supuesto noble auditorio
que dixe en primera plana,
que en esta remataria
lo que en la otra faltaba;
ya es fuerza que mi discurso
explique lo que falta.
El año de setecientos
y diez, por cuenta ajustada,
Francisco Diaz saliò
con bizarria estremada,
de la gran Plaza de Ceuta
en un barco que pasaba
para la Ciudad de Cadiz;
y asi que llegò à la playa,
buscò al punto compañeros
para que le acompañaran.
Hallòlos y fuese al Puerto,
volviò à su vida pasada,
haciendo mil desatinos,
sin mirar de Dios la espada
de sus Justicias, que siempre
à los malos amenaza.
Pasòse á la Extremadura,
y corriò toda la Mancha;
una noche entrò en Toledo,
y el Convento de Descalzas
de la Trinidad vendita
robò, llevando la plata,
el oro y los ornamentos
que en la Sacristía estaban;

mataron al Sacristan
porque muchas voces daba.
La Justicia en este tiempo
que con cuidado rondaba,
acudió, pero fue en vano,
que en los Caballos volaban.
Salen en su seguimiento,
y en una espesa montaña
se ocultaron, hasta que
el estruendo se acabára.
Asì que vino la noche,
pasaron à Salamanca,
y al Corregidor mataron,
è hirieron à cinco Guardias.
Fueron à Cantalapiedra,
y desde allì à Peñaranda
y por faltarles dinero
entraron en Casablanca
(que es un Lugar muy pequeño)
un Domingo de mañana,
que toda la gente dentro
de la Iglesia en Misa estaba,
adonde Francisco Diaz
à dos de los suyos manda,
que à la puerta de la Iglesia
se pongan, y con las armas
no dexen salir à nadie,
hasta que les avisára.
Robaron todo el Lugar,
sin que nadie se escapára,
mataron à un pobre viejo
y à dos niños, porque estaban
en su casa, y no quisieron
darles la llave del arca.
Y al instante que acabaron,
dexan la Iglesia cerrada,
y à toda la gente dentro,
porque no los acosáran.
Dieron la vuelta à Truxillo
para que no los halláran,
donde estuvieron tres meses,
sin que cuidasen de nada.
Y el Señor Corregidor
estando un dia en la Plaza
con el Alcalde mayor,
y viéndolos que pasaban
metidos en sus monteras
con sus coletos y charpas,
llamó à Francisco y le dixo,
¿qué oficio exercitaba,
ó en qué se entretenia?
Y con una risa falsa
respondió con un trabuco
sin hablar una palabra,
por el pecho cinco postas
al Corregidor encaxa.
Alborotóse Truxillo,
y los vecinos con armas
todos salen à la calle,
à unos hieren, à otros matan.
Se armó tan grande refriega,
que era una Troya abrasada:
como un leon desatado
Francisco Diaz andaba,
mataron tres de los suyos,
y con tres que le quedaban
cincuenta y dos muertes hizo,
y con cinco puñaladas
y un balazo por un muslo,
se retiró à una montaña,
y asì que vino la noche,
en una Aldea se amparan.
De secreto se curaron,
y asì que sanos estaban,
fueron à Sierra-Morena,
donde cada dia andaban
haciendo mil desatinos,
los pasageros robaban,
sin dar quartel à ninguno,
porque à todos muerte daban,
teniendo en Guadalcanal
la casa donde posaban.
Y un dia que sin dineros
Francisco Diaz estaba,
se arrojó en casa del Cura,
y de esta suerte habla:
Padre Cura, usted sabrá
que la venida à su casa
no ha sido solo por verlo,
que à verlo fuera escusada,
sino solo por decirle,
que sin replicar palabra
me dé cincuenta doblones,
porque es cierto que se hallan
tan pobres mis faltriqueras
que andan las pobres pegadas.
Se los dió y salióse fuera,
y porque la campanada
corrió por todo el lugár,
se fue à la Villa de Zafra.
Se acabó todo el dinero
en menos de una semana:
y asì que falto se vido,
ha dicho à sus camaradas:
ya el dinero se acabò,
y hasta que comer nos falta;
dispongamos esta noche
entre todos una traza,
con que se busque dinero;
y uno de ellos asì habla:
de aqui no mucho distrito
está una Ermita que llaman
la Vìrgen de Guadetoca
con riqueza soberana,
que por sus muchos milagros
vienen de tierras extrañas
à promesas, y le traen
mucho oro y mucha plata:
y en Mayo todos los años
el primer dia de Pasqua
de Espìritu Santo hacen
feria, donde todos pagan;
iremos allá esta noche,
y robaremos las arcas.
Respondió Francisco Diaz,
que no hablase mas palabra;
que de escuchar sus razones
el corazon le temblaba.
por haber sido devoto
de la Virgen Soberana
desde su tierna niñéz,
que tal caso no intentára.
Pero replicaron todos,
que el que ya perdido estaba
qué tenia que esperar
de Dios ni su Madre Santa?
Y del demonio inducido,
con estas locas palabras
les dixo á sus compañeros;
no nos dilatemos nada.
Montaron en los Caballos,
y en una espesa montaña
recostáronse hasta que
la obscura noche llegára:
todos quedaron dormidos,
que el sueño los avasalla,
¡O Vìrgen bendita y pura,
Marìa llena de gracia,
refugio de pecadores,
consuelo de nuestras almas!
No permitió esta Señora,
que su intento executára,
que la Santìsima Virgen
con Jesus su Hijo alcanza,
que diese à Francisco Diaz
buen acuerdo: y disfrazada

en hâbito de Pastora
llega donde ellos estaban:
llamó à Francisco y le dixo
levanta al punto, levanta,
y dexa à tus compañeros,
y vete à mi santa Casa
que está una legua de aquì,
que un Sacerdote te aguarda:
confiesa allì tus pecados,
porque tu vida se acaba,
haz penitencias y ayunos
que tus culpas satisfagan,
que mi Hijo está enojado,
y su rigor te amenaza,
y soy yo tu intercesora
que te defiende y te guarda.
Desapareció la Vírgen,
y Francisco se levanta
todo lleno de terror,
su bizarrìa acabada,
su valentìa deshecha,
su brabeza mitigada,
y su corazon partido
de dolor que se le arranca:
dexando à sus compañeros,
soltó el Caballo y las armas,
y por medio de los montes
fue siguiendo las pisadas
de la Santìsima Vìrgen,
y asì que llegó à la Casa,
vido estar un Religioso,
que de camino pasaba:
al punto se echó à sus pies,
con mas llanto que palabras.
Confesò generalmente
toda su vida inhumana
con tanto arrepentimiento
y lágrimas tan colmadas,
que al mas duro corazon
enterneciera, y pegada
su boca contra la tierra,
decia aquestas palabras:
¡ò serenìsima Vìrgen,
purìsima è inmaculada,
Madre de Jesus eterno,
Paloma pura y sin mancha,
Emperatriz de los Cielos,
de todo el mundo abogada,
de las celestes esferas
la Reyna mas Soberana!
no mireis mi atrevimiento,
ni repareis mi ignorancia:
ruégale à Jesus tu Hijo,
que mire por esta alma,
no permita que se pierda,
por su Pasion sacrosanta.
Y acabando estas razones,
todas sus ropas rasgaba,
y buscando un sayal tosco
y una Imágen Soberana
de Cristo crucificado,
se metió por la montaña,
sin que supiesen de él
en un año donde estaba.
A veinte y quatro de Junio,
Sábado por la mañana,
del año mil setecientos
y trece, qual se declara,
le hallaron en una cueva
difunto, dando su cara
muestras de su salvacion,
por lo glorioso que estaba.
Sus compañeros sabiendo
todo lo que le pasaba,
se acogen à nueva vida,
dexando la vida mala.
Y aquì dá fin el suceso
de historia tan celebrada. FIN.

VALENCIA, imprenta y librería de Manuel Lopez. 1814.